

## El clima de paseo entre Lima y París

**Cándido E. Quintana Pérez<sup>1</sup>**

<sup>1</sup>Director de Investigación de Postgrado, Universidad Central del Este; San Pedro de Macorís, República Dominicana.

[cquintana@uce.edu.do](mailto:cquintana@uce.edu.do)

---

Cuando el documento final de la Cumbre del Clima, COP 20, celebrada en Lima, Perú, finalmente fue dado a conocer en la madrugada del pasado 14 de Diciembre quedaban atrás igual número de intensas jornadas de trabajo e infinidad de opiniones e interrogantes por delante. Los delegados de 196 países presentes en el cónclave emitían sus opiniones desde diferentes perspectivas, pero por lo general, sin demasiados detalles y matices.

Hubo profusión de valoraciones desde el catastrofismo rampante hasta el optimismo ilusionista y desmesurado, lo cual evidenció, una vez más, las enormes diferencias existentes en la temática climática, como en otras, entre países ricos y pobres.

El científico español José Manuel Moreno, catedrático de la Universidad de Castilla -La Mancha y vicepresidente del Grupo II del Panel Intergubernamental para el Cambio Climático, IPCC por sus siglas en inglés, en términos medidos planteó: “Un acuerdo de esta naturaleza para limitar el aumento de la temperatura global a 2°C o 1,5°C, como ya se empieza a pedir, es un reto fenomenal», y a seguidas agregó: «Un acuerdo así va a cambiar nuestra forma de vivir en todo el mundo. No ver el vaso medio lleno no sería el mensaje adecuado”. Por su parte, en igual línea de pensamiento el Sr. Giovanni La Vía, representante de la delegación del Parlamento Europeo, aunque reconoció que se trata de un acuerdo de mínimos intentó, igualmente, transmitir un optimismo moderado: “El acuerdo alcanzado representa el mínimo común denominador más bajo, pero es importante que el proceso continúe para que podamos llegar a un pacto global en París”.

Por otra parte, las organizaciones ambientalistas otorgaron las peores calificaciones al acuerdo. Samantha Smith, Directora de la Iniciativa global de Clima y Energía de la World Wildlife Foundation, WWF, planteó en términos que no permiten espacio a las interpretaciones: “Las negociaciones climáticas fracasaron en dar resultados (...) Los gobiernos fallaron rotundamente en alcanzar un acuerdo para reducir las emisiones antes del 2020”. Mientras que OXFAM, organización no gubernamental de larga trayectoria en defensa del medio ambiente, lo valoró de la siguiente manera: “Las decisiones tomadas en Lima no excluyen la posibilidad de un acuerdo en París, pero hacen poco para mejorar las probabilidades de éxito”.

Y realmente, ante tanta diversidad informativa ¿qué fue lo acordado y hacia dónde se dirige el proceso?

El hecho de que se prevea un acuerdo vinculante que incluya compromisos concretos de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero por todos los países y no solo a los más ricos, tal como establecía el Protocolo de Kioto, parece ser un hecho positivo aunque polémico en sí mismo, independientemente de otras valoraciones relativas a diferentes grados de implicación en la generación de la problemática y dispares niveles de desarrollo. De igual forma, que China y Estados Unidos se dispongan a firmar sus respectivos compromisos de reducción es un paso en el sentido deseado, aunque es preciso no olvidar que ambos países antes habían acordado entre sí mantener sus niveles de emisiones hasta el 2030.

Igualmente positivo es el hecho de que aunque fuera en el último momento y con la oposición de un grupo significativo de países ricos, se incluyera un párrafo sobre la transferencia de fondos, sin los cuales a los pobres les sería imposible cumplir al mismo tiempo con las legítimas aspiraciones de alcanzar el vilipendiado paradigma del desarrollo sostenible y la reducción de emisiones.

Valiosos aportes hace el catedrático de Física Aplicada de la Universidad de Alcalá, Antonio Ruíz de Elvira, en su trabajo para el periódico El Mundo titulado “COP 20. Las falacias de la ilusión” donde ha dejado plasmado que: “...el ser humano parece que prefiere los sueños a las realidades”, lo cual hace recordar la anécdota atribuida al tercer campeón mundial de ajedrez, el cubano José Raúl Capablanca, a quién no le alcanzó la vida para constantemente apenado desmentir que a los 4 años de edad le había corregido una jugada a su padre y que a seguidas le había ganado una partida. La necesidad social del mito había superado con creces a la realidad.

La espera optimista por lo que sucederá este año a orillas del Sena, parece ser la mejor de las opciones, aunque las realidades inviten a lo contrario y, ojalá sea posible llevar a Hemingway al tiempo futuro para creer que París será fiesta.